



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la celebración de la Misa Crismal.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,  
30 de marzo de 2007.**

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la Misa Crismal, con su hondo sentido sacramental y sacerdotal, es también una ocasión en que la Iglesia diocesana es puesta en evidencia, al congregarse el Presbiterio diocesano y fieles de diversas comunidades parroquiales y eclesiales en torno al Obispo que es centro de unidad en la diócesis, y representa a Jesucristo, Buen Pastor, en la guía del Pueblo de Dios que el mismo Señor le ha confiado.

En esta significativa celebración diocesana se bendicen los óleos y el Crisma que serán utilizados en la administración de varios sacramentos y renuevan sus promesas sacerdotales los Presbíteros que desempeñan su ministerio pastoral en la Diócesis.

Nuestra Iglesia de La Habana, en sintonía con el plan pastoral nacional, ha tomado como propósito prioritario en su acción pastoral favorecer el crecimiento espiritual en cuantos peregrinamos en esta Iglesia diocesana, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y fieles. Responde así nuestra Iglesia al clamor reflejado en la encuesta nacional preparatoria del plan pastoral, que pedía una espiritualidad más profunda en los católicos cubanos para ser los discípulos y misioneros que el Señor necesita y el Plan Pastoral reclama de cada católico.

Esta espiritualidad debe ser esclarecida y acentuada en la vida de los sacerdotes, pues ellos deben ser no sólo maestros de espiritualidad, sino testigos de una vida según el Espíritu, que invite a los fieles y los sostenga en su camino hacia un discipulado misionero.

Esta ocasión es propicia para descubrir, a la luz de la Palabra de Dios y de la misma acción litúrgica, no tanto que el Presbiterio debe tener una sólida vida espiritual, lo cual se da por descontado, sino más bien en qué consiste esa espiritualidad, los retos que ella puede hallar en este mundo nuestro y los medios para superarlos y crecer en el conocimiento de Dios y de su enviado Jesucristo, que en eso consiste el quehacer fundamental que Jesús pide al discípulo.

Este conocer no es un acumular saber sobre Jesucristo, sino un conocimiento personal, como el de un amigo que conoce al otro. Ese conocimiento viene dado por la relación del Presbítero con Cristo. Pero no basta esa relación con Cristo que se produce por la iniciativa del sacerdote de hacer oración, de frecuentar la Sagrada Escritura y tener buenas lecturas cristológicas. Más bien el sacerdote, que tiene una relación sacramental con Cristo, tiene que pasar de una especie de conciencia adormecida de esto y aún del olvido, a una vivencia que lo envuelva. Por el Sacramento del Orden el sacerdote queda incorporado a Cristo, pastor y guía del pueblo. El tiene a toda hora, en todo lugar, la representación de Jesucristo. El sacerdote debe cultivar en su personalidad la sensibilidad a este DON que Dios le ha hecho. El presbítero no tendrá, pues, únicamente, una actitud ética de cumplimiento de sus compromisos sacerdotales, sino una capacidad de gratuidad, gratis lo recibiste, debes darte a los demás con gratuidad en tu ministerio. En un pasado bastante reciente se definía al sacerdote por sus funciones: el que perdona, el que visita a los enfermos, el que enseña. Pero esto encierra al sacerdote en un ámbito reducido.

El sacerdocio de Cristo consiste en *“transformar la existencia por medio del amor que viene de Dios”*

Cuando el Mesías, haciendo suya la profecía de Isaías, se presenta a sí mismo en la sinagoga de Nazaret diciendo que ha sido enviado *“para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y dar a los ciegos la vista... para anunciar el año de gracia del Señor”*, no está

haciendo otra cosa que ofrecer, por su medio, los dones gratuitos de Dios para cambiar la vida humana, a través del amor que viene de Dios, porque El, Cristo Jesús, es el enviado, es el mediador.

El sacerdote es sacramento de la presencia de Cristo mediador en la comunidad; es signo e instrumento de la mediación de Cristo, es el que siembra el amor transformante de Cristo Jesús en la historia de los hombres y mujeres que lo rodean. *“La sacramentalidad del ministerio es el rasgo más específico de la identidad del Presbítero”* (Vanhoye). Esta identidad sacramental del Presbítero no desmiente la dimensión existencial, somos los mediadores de un Dios encarnado, el sacramento cristiano no está junto a la vida, sino en la vida. La sacramentalidad como fundamento de la identidad sacerdotal y del ministerio supone en el Presbítero un talante espiritual peculiar: *“consciencia de estar asido por Cristo como instrumento que sirve a su mediación, de ahí la disponibilidad del presbítero, la alegría de servir a la comunidad eclesial, la humildad de quien renuncia a hacer su obra y acepta ser signo que remite a Cristo, pero con dinamismo y con capacidad de inserción en el mundo”* (Vanhoye).

Esta espiritualidad gira en torno al ministerio, nace como una exigencia del ministerio y está orientada a él, de modo que el ejercicio del ministerio ha sido siempre fuente de espiritualidad

La santidad del sacerdote fue una preocupación muy presente en el Concilio Vaticano II que introdujo un cambio saludable de perspectiva. No la espiritualidad para el ministerio, sino la espiritualidad por el ministerio y desde el ministerio. *“Los Presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo su triple función”* (P.O.13) (enseñar, santificar, pastorear)

La espiritualidad del Presbítero está en su identidad. Por lo tanto la espiritualidad no es algo añadido, no es algo supletorio, es parte de su identidad. La espiritualidad sacerdotal es la forma concreta que toma la identidad cristiana encarnada en la vida de un Presbítero.

Sin embargo, el ministerio cuenta con funciones distintas que hacen compleja la espiritualidad del Presbítero. Por ejemplo, ¿el Presbítero debe entender su relación con Cristo individualmente o deberá entenderla y vivirla en la comunidad y en el presbiterio y desde la comunidad y el presbiterio?

En efecto la representación de Cristo por parte del Presbítero, no se puede concebir sin la representación de la Iglesia que él también detenta. Debe, pues, haber una dimensión comunitaria en la relación del Presbítero con Cristo.

La comunidad es esencial al Presbítero no sólo teóricamente en la definición de su identidad, sino también como forma de vida. Hasta tal punto tiene valor lo que es la comunidad para el presbítero, que podemos afirmar que la revitalización de los sacerdotes depende de la reanimación de las comunidades eclesiales. Hay una interacción entre el sacerdote y la comunidad que implica comunidades llenas de vida que corresponden a un sacerdote centrado en su identidad sacramental y sacerdotes que reencuentran su identidad sacramental en la vitalidad de la comunidad que le presta ayuda en su ministerio.

Esto pide un equilibrio en las relaciones del sacerdote con sus fieles y constituye un reto: el sacerdote no puede considerarse un soberano absoluto de la comunidad ni tampoco puede ser considerado como si fuera un miembro más de un consejo parroquial nombrado por la asamblea general de la comunidad. El presbítero es un hermano entre los hermanos, pero al mismo tiempo es el hermano que representa a Cristo ante los hermanos y un hermano para los hermanos, imitando a Jesús que da la vida por sus amigos. Para explicar la relación del presbítero con la comunidad es de importancia vital la relación con el obispo, pues la posición del Presbítero en la comunidad se realiza por medio de la relación con el obispo. *“Nuestra Teología del Sacerdocio ministerial ha adolecido durante mucho tiempo de no tomar su punto de partida en la consideración del episcopado”* (Yves Congar, O.P.).

Esta relación con el Obispo no depende de la buena voluntad del Presbítero ni de la habilidad del Obispo. No puede olvidar el Presbítero que ha recibido el Sacramento del Orden por medio de un obispo que lo hace participar en un orden menor de la plenitud del Sacerdocio que el Obispo detenta. Luego en la misma identidad sacramental del Presbítero nace esa relación. Su relación viva con el presbiterio, que es de tanta importancia en la identidad sacerdotal, nace también de la

sacramentalidad que identifica al sacerdote. El sacramento del Orden aparece así como colegiación sacramental, como sacramento compartido y solidario en sí mismo.

Será pues una identidad muy propia la del presbítero, personal y relacional al mismo tiempo.

Esta múltiple inserción de elementos diversos o complementarios en la identidad sacerdotal muestra su complejidad y el reto continuo que el sacerdote debe enfrentar en su vida ministerial, pero la integración de estos elementos: del ministerio, de la relación con la comunidad, con el obispo y sus hermanos del Presbiterio en la sacramentalidad que identifica al Presbítero, transforma lo complejo en riqueza y abre un panorama tan amplio al sacerdote en su vida espiritual, que no tiene necesidad de ningún añadido para alcanzar la estabilidad, la paz y el gozo en el servicio del Señor y de su pueblo y para afirmar sus pasos en el camino de la santidad.

Sin la oración iluminadora con la Palabra de Dios no sería posible ahondar en el misterio del llamado del Señor a unirnos a El para plantar el Reino de Dios en medio de los hombres. En la celebración eucarística que nos hace vivir cada día la realidad sacramental de nuestra vocación al ministerio, se afianza luminosamente nuestra identidad. La Eucaristía, siempre comunitaria, siempre con el obispo, siempre compartiendo el don del sacerdocio con mis hermanos presbíteros, es la cumbre y fuente del culto cristiano y el centro de nuestra vida sacerdotal. En la celebración de la Misa Crismal se hace evidente cómo de la Eucaristía fluye la vida de la Iglesia, cómo la Iglesia nace de la Eucaristía, cómo nuestro ministerio reencuentra su identidad sacramental al celebrarla, cuánto recibe la comunidad diocesana de sus sacerdotes y cuánto recibe el sacerdote de la comunidad.

Esto, si no con la solemnidad de la Misa estacional del Obispo lo vive el sacerdote en cada celebración de la Eucaristía.

Y dejo, para concluir, la palabra al Papa Benedicto XVI. En la Exhortación Apostólica Sacramentum Caritatis nos dice el Santo Padre:

*“La espiritualidad sacerdotal es intrínsecamente eucarística. La semilla de esta espiritualidad se puede encontrar ya en las palabras que el Obispo pronuncia en la liturgia de la Ordenación: ‘Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor’. El sacerdote, para dar a su vida una forma eucarística cada vez más plena, ya en el período de formación y luego en los años sucesivos, ha de dedicar tiempo a la vida espiritual... Una vida espiritual intensa le permitirá entrar más profundamente en comunión con el Señor y le ayudará a dejarse ganar por el amor de Dios, siendo su testigo en todas las circunstancias, aunque sean difíciles y sombrías. Por esto, junto con los Padres del Sínodo, recomiendo a los sacerdotes ‘la celebración cotidiana de la santa Misa, aun cuando no hubiera participación de fieles’. Esta recomendación está en consonancia ante todo con el valor objetivamente infinito de cada Celebración eucarística; y, además, está motivada por su singular eficacia espiritual, porque si la santa Misa se vive con atención y con fe, es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación”.* Hasta aquí el Santo Padre.

Queridos sacerdotes: al renovar en esta ocasión de la Misa Crismal ante el obispo sus promesas sacerdotales, propónganse también la renovación de su ministerio desde dentro, anclando su identidad sacerdotal hondo en el sacramento del Orden y haciendo de la celebración cotidiana de la Eucaristía el centro vital donde se afianza su identidad sacerdotal, se dinamiza su ministerio y se robustece la vocación con la paz y la alegría que sólo Cristo Jesús, con su amor, trae a un corazón sacerdotal.

Santa María Virgen, la madre del discípulo de Jesús, la Madre del Sacerdote, los haga ser rotundos en su Sí al Señor al renovar su entrega sacerdotal.